

CLAUDIO
LOMNITZ

El regreso
del camarada
**RICARDO
FLORES
MAGÓN**



CÁMARA DE
DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA



CONSEJO EDITORIAL
DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS



Ediciones
Era



**H. CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA**

MESA DIRECTIVA

Dip. Dulce María Sauri Riancho
Presidente

Dip. Dolores Padierna Luna
Dip. Xavier Azuara Zúñiga
Dip. María Sara Rocha Medina
Vicepresidentes

Dip. María Guadalupe Díaz Avilez
Dip. Karen Michel González Márquez
Dip. Martha Hortencia Garay Cadena
Dip. Julieta Macias Rábago
Dip. Héctor René Cruz Aparicio
Dip. Lyndiana Elizabeth Bugarín Cortés
Dip. Mónica Bautista Rodríguez
Secretarios

JUNTA DE COORDINACIÓN POLÍTICA

Dip. Mario Delgado Carrillo
Presidente y Coordinador del Grupo Parlamentario de MORENA

Dip. Juan Carlos Romero Hicks
Coordinador del Grupo Parlamentario del PAN

Dip. René Juárez Cisneros
Coordinador del Grupo Parlamentario del PRI

Dip. Reginaldo Sandoval Flores
Coordinador del Grupo Parlamentario del PT

Dip. Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Coordinador del Grupo Parlamentario de MC

Dip. Jorge Arturo Argüelles Victorero
Coordinador del Grupo Parlamentario del PES

Dip. Arturo Escobar y Vega
Coordinador del Grupo Parlamentario del PVEM

Dip. Verónica Beatriz Juárez Piña
Coordinador del Grupo Parlamentario del PRD

**H. CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA**

CONSEJO EDITORIAL

Grupo Parlamentario de MORENA
Dip. Hirepan Maya Martínez, Titular
Presidencia

Grupo Parlamentario del PES
Dip. Ricardo de la Peña Marshall, Titular
Coordinador del Órgano Técnico

Grupo Parlamentario del PAN
Dip. Annia Sarahí Gómez Cárdenas, Titular
Dip. Ma. Eugenia Leticia Espinosa Rivas, Sustituto

Grupo Parlamentario del PRI
Dip. Brasil Alberto Acosta Peña, Titular
Dip. Margarita Flores Sánchez, Sustituto

Grupo Parlamentario del PT
Dip. José Gerardo Rodolfo Fernández Noroña, Titular

Grupo Parlamentario de MC
Dip. Alan Jesús Falomir Sáenz, Titular

Grupo Parlamentario del PRD
Dip. Abril Alcalá Padilla, Titular
Dip. Frida Alejandra Esparza Márquez, Sustituto

Grupo Parlamentario del PVEM
Dip. Leticia Mariana Gómez Ordaz, Titular

Secretaría General
Mtra. Graciela Báez Ricárdez

Secretaría de Servicios Parlamentarios
Lic. Hugo Christian Rosas De León

Dirección General de Servicios de Documentación, Información y Análisis
Dr. Samuel Rico Medina

CENTRO DE ESTUDIOS DE LAS FINANZAS PÚBLICAS
CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE OPINIÓN PÚBLICA
CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL LOGRO DE LA IGUALDAD DE GÉNERO
CENTRO DE ESTUDIOS DE DERECHO E INVESTIGACIONES PARLAMENTARIAS
CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO RURAL SUSTENTABLE Y LA SOBERANÍA ALIMENTARIA

Secretaría Técnica
Lic. Daniel Gerardo Paredes Camargo

Coordinación y Enlace Editorial
Mtro. Gustavo Edson Ogarrío Badillo

Asesoría y Asistencia Parlamentaria
C. Juan Gerardo Pimentel Mendoza



CLAUDIO LOMNITZ

El regreso
del camarada
Ricardo
Flores Magón

Traducción de
JORGE AGUILAR MORA



CÁMARA DE
DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA



Título original: *The Return of Comrade Ricardo Flores Magón*,
Zone Books, New York, 2014

Primera edición en Biblioteca Era: marzo de 2016
Segunda reimpresión: 2020
ISBN: 978-607-445-432-1
Derechos reservados en lengua española
DR © 2016, Ediciones Era, S. A. de C. V.
Mérida 4, colonia Roma, 06700, Ciudad de México

LXIV Legislatura de la H. Cámara de Diputados
Av. Congreso de la Unión, Núm. 66
Alcaldía Venustiano Carranza
Col. El Parque, C.P. 15960, Ciudad de México
Edificio E, Planta Baja, Ala Sur
Tel. 5036 0000 Exts. 51091 y 51092
<http://diputados.gob.mx>

Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reproducción gráfica y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin previa autorización de los autores, propietarios o poseedores de los derechos y el editor.

Ésta es una publicación de distribución gratuita y con fines de difusión cultural.

Queda prohibida su venta.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

ÍNDICE

Dedicatoria	13
Introducción	17
Regreso y sacrificio	21
Tiempo, lugar y ayuda mutua	23
La importancia del Partido Liberal	27
La ideología y lo sagrado	33
<i>Regeneración</i>	39
El yugo	41
Por qué escribí este libro	43
Cómo escribí este libro	44
<i>Dramatis personae</i>	49
I. ORIGEN CULTURAL DE LA “CAUSA MEXICANA”	53
1. Ethel y John	55
Boleto de ida (<i>One-Way Ticket</i>)	57
John	69
2. La causa mexicana	71
En la cárcel del condado de Los Ángeles	71
Formación del círculo estadounidense	73
La causa mexicana	77
Tolstoyanos.	80
Elizabeth	83
La sensibilidad de las mujeres	86
La democracia en Estados Unidos	89
3. Los hermanos Flores Magón	95
Su clase de origen	95
Legitimidad	100
Memoria y sublimación	106

4. La generación de 1892	111
Chanclatismo intelectual	111
La generación de 1892	115
La primera probada	120
Significados	125
5. La bohemia	129
El periodo de latencia	129
La bohemia	133
Conocidos	143
La auténtica heredera	145
6. Una pasión por la prensa	147
<i>Regeneración</i>	148
El Club Ponciano Arriaga	153
7. El muro	157
El liberalismo	157
El muro	161
Clubes buenos, clubes malos	163
La dinámica de la represión	167
La muerte de Margarita	172
II. CÓMO CAMBIAR LA OPINIÓN PÚBLICA	
ESTADOUNIDENSE (1908-1909)	179
8. La esclavitud	181
Oculto a plena vista	181
El “efecto de la carta robada”	191
Descubrir lo obvio	193
9. El guía de John Turner	199
El pasado de Lázaro	199
Un azteca	201
Cananea	206
<i>Los bribones</i>	214
10. “El pueblo era el sacrificio”	219
Inicio	219
El disfraz	225
El camino a Yucatán	230
El fin de la nación yaqui	233
Un esclavo es un esclavo	240
Extremos mexicanos	243

11. La frontera	247
Tucson	247
<i>The Border</i>	253
Espías	257
Separaciones	261
12. México en primera plana	263
La opinión estadounidense	263
Se revela la verdad	271
Las audiencias en el Congreso de Estados Unidos	273
III. VÍSPERAS DE LA REVOLUCIÓN	279
13. Las enseñanzas de 1906	281
La clandestinidad	281
Polarización interna	289
Lecciones bien aprendidas	293
Una persecución bien afinada	297
14. La vida social del militante	303
Movilidad radical	303
Blas Lara	305
Las familias de la causa	307
Sospechas	313
Espionaje	317
Amor	320
15. La Junta en vísperas de la Revolución	327
En libertad	327
Estrategia revolucionaria	328
<i>Regeneración</i> en vísperas de la Revolución	330
16. Puntos Rojos	335
La organización de los clubes liberales	343
<i>Regeneración</i> 1910	349
Violencia vegetariana	358
17. Las coincidencias entre los revolucionarios y sus límites	369
Intento de retomar el liderazgo	369
Simultaneidad	372
Coincidencias y diferencias	375
Espiritualidad	375
Tensiones ideológicas	380

Inversión criminal	383
El internacionalismo en el movimiento de solidaridad	387
IV. MAREA ALTA (1909-1912)	391
18. El coronel de los 41	393
La ruptura con Madero	393
Lo personal y lo político	400
El ciclo de Judas	408
<i>Regeneración</i> burguesa	411
El coronel de los 41	418
Degeneración	423
El apóstol	430
19. Baja California para principiantes	433
Los hechos	433
Teoría revolucionaria	446
Diversidad local	453
Estrategia doble	461
Las relaciones internacionales de los anarquistas	465
20. El hombre que vino de México	469
Las lágrimas de Jack Mosby	469
Farsa y tragedia	475
Una clarividente percepción... olvidada	479
Dick Ferris	480
La República Deportiva	491
El poder de la publicidad	498
Ricardo como traidor	498
Bilis negra	507
21. Coda: Carmel	509
V. AMOR PERDIDO	519
22. Carrera contra la realidad	521
Principios y marginalidad	521
Emplumados	524
Fábulas	528
23. De la solidaridad transnacional a las relaciones internacionales	533

La cambiante importancia estratégica de las leyes de neutralidad	533
Los estadounidenses y la causa mexicana: Turner otra vez . . .	535
De la solidaridad transnacional a las relaciones internacionales	544
Los Mártires de Texas	552
Veracruz	560
24. Migajas	565
Algún día seré liberado	565
El racismo	568
Migajas	576
<i>Regeneración</i>	579
Edendale	582
25. Una estaca en el corazón	587
La última sentencia	587
<i>Regeneración</i> : el golpe de gracia	599
Los últimos días de libertad	604
Una estaca en el corazón	609
Sifuentes	618
26. Muerte	621
Leavenworth	621
Solo	627
Ellen White	631
Movimiento para el regreso	637
Crepúsculo	642
Epílogo. La canción redentora	647
Repatriación	647
Los Ángeles	649
Lázaro	652
El regreso de Ricardo	656
Segundo funeral	661
Zapata vive, Ricardo fue asesinado	665
Ellen White	668
Enrique	668
México pedante	674
Elizabeth	676
Blas Lara	679
Extranjero ilegal	680

Agradecimientos	683
Fuentes consultadas	687
Índice y créditos de las ilustraciones	703
Índice onomástico	711

Página 4, ilustración 0.1.
De cuerpo presente, 15 de enero de 1923.

*Al pueblo mexicano; y a la memoria de mi tío
Ilya, espíritu libre de los sesenta.*

De Aeaëa, con amor (¡oink!)

*Los hizo pasar y los sentó en divanes y en sillas,
y les hizo una bebida —queso, cebada, y miel do-
rada, disueltas en vino pramnio—, pero mezcla-
das con la comida iban drogas perniciosas para
que olvidaran su lugar de origen. Después de que
les diera a beber y de que ellos se acabaran la be-
bida, ella los tocó con una vara y los encerró en
un chiquero; y sus cabezas se volvieron de cerdo,
y sus voces, y su pelaje, e incluso la forma de su
cuerpo, pero todos estaban en su perfecto juicio,
como antes.*

Odisea, libro 10



Ilustración 0.2.

Odiseo y Circe. Imagen dialéctica: la América anglosajona, *Ulises criollo* y su tripulación mexicano-estadounidense multiétnica.

En sus emocionantes memorias, *Ulises criollo*, escritas en Estados Unidos, José Vasconcelos, el *sui generis* *Übermensch* mexicano, se identificó con un Odiseo que escribe desde el exilio, sin dejar de planear tanto la destrucción de los pretendientes que han saqueado el tesoro de su tierra como la regeneración de Ítaca.

Durante muchos años, yo también albergué esas ilusiones, aunque con un horizonte más modesto. Vasconcelos fue el san Pedro de la revolución cultural de México. En 1929, llegó incluso a presentarse como una alternativa presidencial ante la emergente dinastía de hombres fuertes de la Revolución mexicana. El de Vasconcelos fue el exilio de un rey.

El mío ha sido el exilio de un judío, obsesionado por una Jerusalén —que de hecho nunca he conocido— largamente anunciada. Aunque he amado a México como el que más, sólo he aspirado a ser conocido allí, a regresar y estar entre amigos, a enseñar y a escribir, y a participar en la vida pública.

Y nada de eso se me ha negado. De hecho, los amigos más queridos me han acogido y he tenido auténticos y fieles estudiantes. A pesar de ciertos obstáculos ocasionales, he participado en la vida pública de México. Sin embargo, nunca ha habido un regreso propiamente dicho. Las cicatrices del exilio persisten, incluso en aquellos que sí regresan.

En efecto, el sabor del exilio le permitió a Vasconcelos mantener una distancia irónica frente a los asuntos mexicanos, incluso en el momento de su retorno triunfal, al timón de la revolución de Francisco I. Madero en 1911. A Vasconcelos lo hicieron jefe del partido maderista en la ciudad de México. Su familia estaba reunida, sólo que su hermano menor, Carlos, había regresado a México a morir. Había contraído tuberculosis trabajando en las acererías de Filadelfia, mientras José laboraba por la causa de Madero. José hizo todo lo que pudo para curar

a su hermano, pero Carlos ya estaba más allá de la capacidad de la ciencia médica, y su vida terminó escapándosele.

Como todos los deudos que sufren una pérdida así, José se entretuvo en minucias para aliviar el dolor y la culpa. Leyó periódicos... una costumbre que era como su segunda naturaleza. Uno de ellos había publicado una nota sobre la muerte de Carlos:

Calificaba a mi hermano de joven inteligente, lleno de promesa. Ya no éramos los oscuros provincianillos cuyas personas a nadie interesan. Un capricho de la fortuna nos convertía en personas notorias. Si, al revés, don Porfirio sofoca la rebelión, mi hermano hubiera muerto en un hospital de Filadelfia sin dar quehacer a tipógrafo alguno. Con asco aparté mi vista del diario.¹

El panegírico de una prensa que tan fácilmente se había deshecho de la fidelidad a sus antiguos amos cuando la Revolución había triunfado —el muerto al hoyo, el vivo al bollo— era una píldora muy amarga, difícil de tragar, cuando vivía la irreparable pérdida de Carlos, ese golpe recibido en la penuria del compromiso político y del sacrificio personal. Esta amargura le permitió a Vasconcelos evitar la glorificación de su propia apoteosis. No había demasiada sinceridad en sus acólitos. Su mismo triunfo era pura vanidad, un *memento mori*.

Quizás alguna melancolía análoga haya arruinado mis múltiples regresos a la vida profesional de México.

¿O acaso la Circe estadounidense me ha dado arteramente una de sus pociones y me ha transformado en un miembro más de esa masa híbrida de los llamados hispano-estadounidenses? (¡Oink!, ¡oink!) Quizás. A veces, no alcanzo a hallar fuerzas en el ejemplo del astuto Odisseo y comienzo en cambio a mirar con suspicacia a los infelices miembros de su tripulación. ¿Seré yo... quizás? (Gruñido. ¡Oink!)... ¿Quién sabe? Los cerdos nunca se pueden ver a sí mismos. Sólo a otros.

Berlín, 19 de enero de 2012

¹ José Vasconcelos, *Ulises criollo. La tormenta*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, p. 395.

INTRODUCCIÓN

El más terrible enemigo de los revolucionarios es la revolución, por ser implacable seleccionista.

Francisco Bulnes

Me parece que los historiadores de la Revolución tienen, y siempre tendrán, que elegir entre Michelet y Tocqueville.

François Furet

Ésta es la historia de una red revolucionaria transnacional que colectivamente se pensó a sí misma como la servidora de un ideal. Se podría contar repitiendo el gesto del *Quijote*: la historia de un grupo de hombres y mujeres que leía libros y los vivía, sólo para toparse con una sociedad que se resguardaba muy bien detrás de sus intereses más groseros. Los actos del grupo eran vistos como irracionales. Aquellos hombres y mujeres, a semejanza del *Quijote*, parecían fuera de lugar o, mejor dicho, fuera de tiempo: utopistas. Sin embargo, a diferencia del *Quijote*, ellos sabían *por qué* los distinguían. “La teoría de la competencia individualista”, les recordaba Piotr Kropotkin a sus seguidores, “es la religión del día, y dudar de su eficacia lo convierte a uno en un peligroso utopista.”¹ Aun así, la realidad no dejaba de abrumarlos: a unos los convertía en denunciadores de traiciones, a otros en escépticos de gran serenidad, o incluso los reducía a esperar sin remisión la segunda vuelta de la Revolución.

En la perspectiva estadounidense más convencional, este grupo ha sido casi totalmente olvidado. Fue una fracción de una fracción: la parte “mexicana” de un movimiento socialista y anarquista estadounidense que fue reprimido durante los años de la “amenaza roja”, de 1917 a 1918, cuando Woodrow Wilson rompió las promesas de su campaña presidencial de no intervenir en la Primera Guerra Mundial.

En el contexto del socialismo internacional, la ideología de este movimiento fue opacada por el bolchevismo no sólo porque éste perseguía y hacía purgas de anarquistas, sino también porque esa ideología

¹ Peter Kropotkin, *Mutual Aid: A Factor of Evolution* [1902], Forgotten, Hong Kong, 2008, p. 140.

era utopista y, más aún, porque se oponía al constante abuso bolchevique de la *raison d'État*.

Resumiendo las razones de su propia desilusión ante la Revolución rusa, Librado Rivera, uno de los miembros de este grupo, explicaba que “los bolcheviques habían desempeñado en la Iglesia marxista el mismo papel que los jesuitas en la cristiana”.² Para el comunismo libertario, el bolchevismo era lo que la Contrarreforma había sido para el cristianismo primitivo; y así como los jesuitas habían aplastado los valores de los cristianos primitivos, así los bolcheviques marginaron a los movimientos del comunismo libertario.

En México, nuestro grupo tuvo otro destino. Su líder más importante, Ricardo Flores Magón, fue consagrado como un símbolo de pureza frente a la plaga de componendas, sobornos y asesinatos que caracterizó a la llamada “familia revolucionaria”. Pero sólo después de muerto. El 22 de noviembre de 1922, Antonio Díaz Soto y Gama, que había sido uno de sus compañeros radicales y que para entonces era miembro de la Cámara de Diputados federal, dio un discurso a propósito de su muerte, ocurrida el día anterior. En el discurso se podía escuchar con claridad la fuerza profunda de la culpa del sobreviviente:

Nadie quizá más grande entre los revolucionarios mexicanos que Ricardo Flores Magón. Ricardo Flores Magón, modesto; Ricardo Flores Magón, que tuvo la fortuna, la dicha inmensa de jamás ser vencedor; Ricardo Flores Magón, que sólo conoció las espinas y los dolores de la Revolución, es un hombre delante del cual debemos inclinarnos todos los revolucionarios que hemos tenido, quizá, la desgracia de saborear algo de los manjares servidos en el banquete de la Revolución.³

Como tantos símbolos de pureza, Ricardo y sus más cercanos colaboradores fueron solemnemente puestos aparte. Muy pronto se les comenzaría a llamar, con reverencia, los “precursores de la Revolu-

² Librado Rivera, “Mi decepción de la Revolución rusa”, *Sagitario*, 25 de octubre de 1924.

³ Antonio Díaz Soto y Gama, “Discurso pronunciado por el C. Diputado Federal Antonio Díaz Soto y Gama a raíz de la muerte de Ricardo Flores Magón”, 22 de noviembre de 1922, en http://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/politica/discursos/3.html.

ción mexicana”, a pesar de que fueron sus contemporáneos. Además de este desplazamiento temporal –la negación de haber participado en la Revolución–, se le restó importancia a la composición binacional del grupo radical con el fin de poderle dar una lectura patriótica que le permitiera al Congreso celebrar al héroe nacional con apenas alguna breve mención de sus colaboradores extranjeros.

Así pues, mientras en Estados Unidos el grupo no es sino la orilla vagamente evocada de un borde difusamente recordado, en México fue consagrado en la historia nacional, pero sólo después de haberlo precavidamente aislado –“antes de” y “por encima”– de la historia misma de la Revolución, y eso, además, sólo después de haberlo “bronceado”, es decir, de haberlo mexicanizado, expurgado de sus lazos extranjeros. Sólo así se pudo colocar inofensivamente a Ricardo Flores Magón en el altar sagrado de reverendo ancestro.

Sin embargo, desde el movimiento chicano de la década de 1970 específicamente, ha surgido un público lector, compuesto de mexicano-estadounidenses, que tiene presente a este movimiento. Esto se debe a que la historia de Ricardo Flores Magón se puede contar a la manera de la *Eneida*, como un mito fundacional. Después de todo, Roma fue el fénix que surgió de las cenizas transplantadas de Troya. Fue fundada por los huérfanos de un sobreviviente de sobrevivientes, tan alejados de la protección de una ciudad y de una dinastía que tuvieron que ser alimentados y criados por una loba. En las décadas de 1970 y 1980, los intelectuales chicanos jóvenes se podían considerar a sí mismos como los lejanos descendientes huérfanos de Ricardo Flores Magón. La historia de Ricardo se contaba como el capítulo inicial de la épica fundación del pueblo chicano, una historia que carece quizás de la grandeza de la fundación de Roma, pero que no por ello deja de ser un tema muy adecuado para un canto épico.

En esta tendencia, algunos de los primeros historiadores chicanos, como Juan Gómez-Quiñones, se refirieron a la generación de Ricardo Flores Magón como la de los *sembradores* de la cultura política chicana.⁴

⁴ Juan Gómez-Quiñones, *Sembradores: Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano: A Eulogy and Critique*, Aztlán-University of California, Los Ángeles, 1973. Un vigoroso programa de investigación chicana ha continuado la obra de vanguardia de Quiñones, incluidos prácticamente todos los historiadores de tema obrero que estudian la historia de los mexicanos en Texas, Arizona, Nuevo México y California durante el siglo XX, así como las historiadoras chicanas feministas y los historiadores sociales en general que trabajan sobre la misma región.

Sólo que, a diferencia de Eneas, nuestros protagonistas mexicanos no creían haber perdido definitivamente su patria.

Virgilio dice que Eneas, el gran ancestro de Rómulo y Remo, se sentía tan desgarrado al abandonar su destruida ciudad que envidiaba a los muertos que estaba dejando atrás: “Oh, tres y cuatro veces sean benditos aquellos que murieron frente a los ojos de sus padres bajo las murallas de Troya”. Esto no era lo que sentían los mexicanos exiliados que llegaron a Texas en 1904 y que comenzaron a fraguar sus planes revolucionarios. Por eso más de uno tomó en secreto a Ulises de modelo o a alguno de los vengadores enmascarados que eran sus reencarnaciones más comunes. O incluso a Moisés, pues se veían conduciendo a su pueblo de la esclavitud a la libertad. No he leído en ninguna parte que alguno de ellos se viera a sí mismo o a sí misma como un Eneas. No se consideraban creadores de una nueva nación, se consideraban una fuerza regeneradora, que anunciaba una nueva era. En efecto, su publicación más famosa no se llamaba *Mexican America* o *Aztlán*, ni nada parecido, sino más bien *Regeneración*. Si creían que algo estaban sembrando, era la semilla de la revolución y no una nueva identidad mexicana.

Por su parte, los estadounidenses que trabajaban junto con esos hombres y mujeres se pensaban a sí mismos como colaboradores de la “causa mexicana”, un movimiento que estaba en la avanzada de la lucha universal de emancipación. Veían la lucha mexicana por la libertad no sólo como esencialmente justa, sino también como un ejemplo moral para los estadounidenses. Como dijo Ethel Duffy Turner:

¿Qué idea tenemos de la verdadera valentía? Buscamos mentalmente y nos encontramos con unas vagas ideas sobre el “héroe de San Juan Hill” o sobre Dewey en Manila, o sobre algún otro personaje sin importancia en una causa también sin importancia. Pero aquellos que poseen el valor de arriesgar todo sin esperar otra recompensa que la alegría de haber luchado por la Libertad, con todo en contra, y frecuentemente casi con la certeza de que perderán la vida, éstos son los héroes de la Revolución mexicana.⁵

Se trata de una historia glorificada, sin duda, pero no es la del origen de una nueva nación. La historia del pueblo mexicano-estadounidense es una historia de bárbaros en Roma. Sus héroes populares son

⁵ Ethel Duffy Turner, “Heroic End of Guerrero”, *Regeneración*, 14 de enero de 1911.

pícaros o mártires cuyos triunfos no se pueden evaluar en términos nacionalistas tradicionales. No hay un Washington ni un Juárez mexicano-estadounidense; ningún fundador o libertador de la nación. Más bien, la contribución de este pueblo a la civilización ha surgido, dolorosa y gozosamente, de la fricción entre dos naciones, y naciones no sólo como ideales, sino también como relaciones humanas vividas.

A causa de esta incómoda relación con la entidad nacional, a nuestro pequeño pero muy internacional grupo se le ha negado su lugar en la historia y se le ha tratado como un anacronismo: consagrado como “puro” o desechado como “loco”, igual que a don Quijote. Pero justamente a semejanza de éste, nuestros héroes, con la fuerza de su brazo derecho, lograron desgarrar, aunque fuese mínimamente, el inconsciente colectivo.

Regreso y sacrificio

Y es así, en efecto, con un guiño a Cervantes, o, para ser más precisos, a Cide Hamete Benengeli, el autor ficticio del *Quijote*, que uno de nuestros héroes, el obrero y anarquista mexicano Blas Lara, empieza sus memorias. Las presenta como si fueran un viejo manuscrito, redactado por otro autor y encontrado por otra persona, un turista en una ciudad del norte de California.

Después de visitar sus sitios más importantes, sobre todo la universidad, un tal Mariano Gómez Gutiérrez deambula por las afueras de la ciudad hasta encontrarse con el basurero municipal.

Aquello parecía una industria en las que los obreros descargaban trucks (camiones) con objetos viejos: trapos, calzado, muebles, desechos de automóviles, libros, revistas y toda clase de papeles con anotaciones de las industrias, oficinas y comercios; residuos que habían pasado por la inspección de técnicos y más técnicos (garreros) revendedores de la corporación capitalista denominada “Juncks Company”.⁶

Mientras contempla esa colección de desechos, un camión descarga montones de papel viejo. Uno de los fajos va a parar a los pies de “Mariano Gómez Gutiérrez”, quien lo recoge y se lo lleva al hotel. “Por el camino

⁶ Mariano Gómez Gutiérrez [Blas Lara Cázares], *La vida que yo viví: Novela histórico-liberal de la Revolución mexicana*, s. p. i., s. l., 1954, p. 1.

pensé que quizás entre aquellos bultos estaban los borradores de quienes prepararon la bomba atómica, pues en aquella Universidad fue donde se analizaron los procesos del átomo y donde resultó la fabricación de ese explosivo que, en tanto que canta un gallo, mató en dos ciudades del Japón a más de cien mil personas en 1945.”⁷ Sin embargo, cuando abre el paquete se encuentra que era “una especie de autobiografía de sucesos históricos en los cuales se había cambiado los nombres de la familia del autor para evitar cualquier tentación de auto-propaganda”.

La fantasía es reveladora. Blas Lara escribió sus memorias ya viejo, en Berkeley, donde había vivido desde el fin de la Primera Guerra Mundial. Las publicó en una edición barata de autor, sin pie de imprenta, sin ninguna corrección de pruebas, y mantuvo los errores de ortografía con el mismo desparpajo con que presentaba su notable prosa. La vida de Blas Lara, un inmigrante mexicano que se volvió agitador y revolucionario, no dejó ninguna huella en los monumentos o instituciones de Berkeley. En vez de eso, Blas imaginó encontrar sus huellas a orillas de la ciudad, en el basurero, en donde se desechan, se despedazan y se reciclan los objetos inservibles.

En el caso de que el humor negro de encontrar la historia de su vida en un montón de desperdicios industriales no hubiera dejado debidamente en claro su propia marginalidad proletaria, Blas agregó una segunda fantasía a la introducción de su libro. Cuando Mariano Gómez Gutiérrez se lleva por primera vez el fajo de papeles a su cuarto, este personaje ficticio que encuentra su autobiografía espera emocionado haber hallado el vestigio de un acontecimiento grandioso y terrible: el invento de la Bomba, que unió a Berkeley con la historia del resto del mundo y que creó por primera vez una hora global, común, al hacer real la idea bíblica del Armagedón. Lo que encuentra, en cambio, es algo curioso: la complicada vida de un personaje menor, una obra cuyo único título de mérito estilístico es que “ha procurado suprimir toda fraseología supérflua y terminos abstractos que existen en las obras de algunos novelistas profesionales”. En cuanto al contenido, el autor del manuscrito, al que Lara le da el seudónimo de “Edmundo”, sólo desea compartir una relación de su vida, con la modesta esperanza de que “sea del agrado de los amantes del tiempo transcurrido en bien del ejemplo y del deber cumplido”.⁸

⁷ Ibid.

⁸ Ibid.